

DOS

VENEZOLANOS

POCO

CONOCIDOS

De un trabajo algo extenso "La Compañía de Jesús en Venezuela" que nos ha remitido su autor, antiguo profesor del Colegio San José de Mérida, desglosamos para nuestros lectores este capítulo que creemos de algún interés.

I.- EL JESUITA PROCER DE PTO. CABELLO.- Desde 1858 hasta 1863 era Superior Provincial de todos los jesuitas de España, Hispanoamérica y Filipinas un venezolano de Puerto Cabello, el P. José Manuel Jáuregui.

Un grabado ha trasmitido su figura prócer de ojos luminosos, ligeras lentes en óvalo y honda sonrisa de paternalidad.

Vivió tiempos tormentosos para la Compañía de Jesús maltratada sádicamente por un sectarismo profundamente irracional ya muerto y sepultado.

José Manuel Jáuregui había nacido en una familia cristiana de Puerto Cabello el 24 de Noviembre de 1804. Quedó huérfano prematuramente y fue protegido en Cádiz por un próximo pariente y educado con esmero cariñoso. Firmes cualidades de espíritu y simpatía, aunque escasas las fuerzas físicas bajo una aparente robustez.

Su vocación, —lo contará él mismo—, se inició providencialmente por una agudeza de humor. No había visto nunca jesuitas, pese a repetidas peticiones de restauración como la expresada por los voceros de Hispanoamérica el 19 de Diciembre de 1810 "reputándose de la mayor importancia para el cultivo de las ciencias y para el progreso de las misiones que introducen y propagan la fe entre los indios infieles, la restitución de los jesuitas". El preceptor de José Manuel Jáuregui, con llano sentido pedagógico, preguntaba un día a sus alumnos sobre el futuro soñado. El de Puerto Ca-

bello, sin saber el significado pero con intuición de complacer al maestro, afirmó una vejez aparentemente imposible: sería jesuita. Sorprendido agradablemente el Preceptor prometió ponerle en contacto con un superviviente en Cádiz de la antigua Compañía de Jesús. Y José Manuel Jáuregui vio admirado en aquel jesuita venerable y en la Compañía de Jesús restaurada en todo el mundo sus ideales de vida. El 19 de julio de 1819 era ya novicio en Sevilla de la Compañía de Jesús.

Con la revolución de Riego y subsiguiente dictadura liberal fue suprimida en 1820 la Compañía de Jesús de España. Una familia amiga y los conventos de San Buenaventura y San Basilio acogieron al novicio venezolano que cursaría en la Universidad de Sevilla la carrera de Filosofía y Letras.

En 1823 emitió los primeros votos jesuísticos con el retorno a España de la normalidad.

Su salud quebradiza le retuvo en Sevilla durante seis años para estudiar la Teología en la Universidad y simultáneamente excepcionalmente en el Colegio la Prefectura de estudios.

Y aunque inusitado en la Compañía, a los veinticuatro años se ordena Sacerdote el 14 de Marzo de 1829 prosiguiendo privadamente su formación jesuítica.

Trabaja con renombre ante el gran público de Sevilla. Pero sus dotes le llevarán siempre a la organización. Así, salva del fisco en la rapaz fiebre liberal de 1835 la biblioteca y materiales pedagógicos del Colegio hispalense entre amarguras y fatigas; así, se mantiene en las nuevas ráfagas antijesuíticas como capellán del convento sevillano de las Dueñas, Profesor de Teología moral en el Seminario y hombre de confianza del Arzobispo hispalense.

En 1847 rinde en Madrid su examen final de estudios jesuíticos, extraordinariamente tardío. En 1848 hace en Sevilla su último año de formación ignaciana, culminada con el mes de Ejercicios Espirituales al iniciarse 1849. Y el 25 de Marzo pronuncia en Madrid sus últimos votos solemnes en la Compañía de Jesús.

Su autoridad en la dirección espiritual y su prestigio ejemplar crece en Sevilla donde permaneció como Capellán oficial en el Colegio jesuítico habilitado para Hospicio por un régimen de arbitrariedad: juntamente vela como Superior todas las secciones jesuíticas dispersas por Andalucía.

Con la paz, ocupa por breve tiempo

el cargo de Superior en la Residencia de Sevilla, y en 1857 de Socio Secretario del Provincial de España.

El 29 de Junio de 1858, el jesuita prócer de Puerto Cabello es nombrado Superior Provincial de todos los jesuitas de la Península Ibero, Hispanoamérica y Filipinas. Su provincialato lleva un signo de paz externa con ataques esporádicos contrarreplicados en la prensa por el jesuita venezolano; y marca vértices de prosperidad interna con nuevas Casas de formación, como Manresa, nuevos Colegios como el de Puerto Rico y el cubano de Sancti Spiritus, un aumento de más de trescientos en las filas ignacianas de su territorio y fraternal acogida a los jesuitas italianos desterrados por la revolución sectaria de 1860.

En 1863 los jesuitas regidos por el P. José Manuel Jáuregui bordeaban el millar y precisaba una división en dos provincias. El decreto del General de la Compañía de Jesús se publicó el 7 de Agosto de 1863. El P. José Manuel Jáuregui, entonces en Loyola y que había laborado por esta división con íntimos presentimientos del futuro de la Compañía de Jesús en su patria, quedaba como primer Superior Provincial de Castilla, Vascongadas y Navarra, León y Galicia, Asturias y Andalucía, Portugal y Brasil, Naciones Boliyanas y Uruguay, Centroamérica y México.

Seis meses más tarde, en Sevilla, el 15 de Febrero de 1864, le arrebatava hacia el descanso definitivo una tenaz erisipela, resistida allí mismo por él unos años antes.

Y Sevilla homenajeó al jesuita venezolano; y en hombros de los Sacerdotes y fieles de la Hermandad de la Santa Caridad fue exaltado a la bóveda principal de la iglesia de la Cofradía el cuerpo de su antiguo Capellán, el jesuita prócer de Puerto Cabello.

II.- EL JESUITA DE GUASIPATI.

Entre el embrujo guayanero de Guasipati, Humberto Crescente nació en Venezuela el 12 de Mayo de 1911.

En los recuerdos primeros se ahondó "la desbordante música de los aguinaldos cristianos de mi patria venezolana, el bullanguero desfile de todo el pueblo por delante del Pesebre que reía en el altar de la Virgen. Belén era entonces para mí soltar la mirada y la fantasía de mis cinco años por aquel laberinto de objetos sin atinar a descifrar el por qué de todo aquel conjunto de hombrones de cartón, de casas diminutas como las de las historias de enanitos que me contaba Gertrudis, la vecina, a la luz de la luna".

Y a aquel Niño del Portal que presentaba el Párroco bueno Don Jaime "yo me acercaba y le besaba largo en sus deditos; sacaba de mi bolsillo la moneda mayor que jamás pasó en todo el año por mis manos, y que me había metido la madre mía cuando salíamos del comulgatorio, y haciéndola cantar con ruidosa algazara en el platillo que sostenía Pedrín, —el monago de mis envidias—, me retiraba del altar orgullosísimo, pareciéndome que toda la iglesia me miraba y aplaudía. . . y que aun los villancicos del coro estaban celebrando mi esplendidez. . ."

En esta poesía patriarcal se sintió llamado más y más "hacia donde arde la Estrella" y desde el Seminario de Caracas ingresaba el 25 de Abril de 1931 a la Compañía de Jesús en la Casa Solariega de Ignacio de Loyola.

Los primeros vendavales soviéticos sobre la Península destierran al novicio jesuita con su Madre la Compañía de Jesús a las neblinas belgas de Tournai, donde se consagra con los primeros Votos religiosos el 27 de Abril de 1933.

Terminados en Tournai sus estudios de Letras y Ciencias en 1936 reemprende en Marneffe su formación filosófica para concluir en Durango de España.

Y en 1939 torna a la patria como Profesor, en el Colegio merideño San José, de asignaturas preferentemente literarias y venezolanas.

Su asiduidad pedagógica junto al alumno le sugiere la redacción de textos mult copiados para las clases y la preparación de academias literarias o escenificaciones patrióticas de altos ideales.

Tras una jira con sus discípulos al paisaje de Bailadores invade su cuerpo de 32 años el quebranto tífico que 25 días más tarde, 4 de abril de 1943, colmaría sus cantos de juventud. "No me cambio con nadie"; "Mi Jefe, mi Jefe", fueron su últimas palabras vibrantes de presagios.

La poesía plurifacética y moderna del P. Humberto Crescente ha quedado archivada con propósitos ulteriores en el "Instituto Gumilla", Centro de Estudios Hispanoamericanos del Colegio San José de Mérida.

Su estampa juvenil fue recogida cariñosamente entre las viñetas de "Jesuita y venezolano".

Poesía auténtica de venezolano, con visión de porvenir, revela en "Patria joven", fiel a su versolibrismo discretísimo de siempre:

. . . ¡El porvenir es tuyo!
 Porque en los senos de tu tierra bullen
 opulentos tesoros inviolados;
 porque en tus bosques de preciados brotes
 reinan misterios de silente arcano.
 Porque tienes intactas tus campiñas
 que no han sentido el peso del arado
 ni el monótono paso fecundante
 de los bueyes que inician el sembrado.
 Porque el lomo arrogante de tus ríos
 innúmeros y bravos
 no ha sentido los remos del navío
 ni el beso del velamen inclinado. . .
 ¡Tú tienes que vivir, porque eres joven!
 ¡Porque tus hijos somos como tú!
 ¡Aquí nos tienes, Madre Venezuela!,
 somos tu juventud,
 somos tu juventud y por tu triunfo
 ardientes lucharemos. ¡Lo juramos!
 ¡Venezolanos! ¡Nuestra patria es joven!
 ¡¡Venezuela será lo que seamos!!

Esta entonación patria se hace intimis-
mo de contemplaciones en "Páginas de

Navidad":

. . . Canta que canta está María
 canta la Virgen con ardor,
 mientras cantaba el tiempo huía,
 mientras huía. . . ¡vino Dios!

El formador de juventudes, que es-
cribió la unanimidad de "El Colegio San
José de Mérida ante el ideario del Liber-
tador", exulta junto a la bandera del Co-

legio, que es la de Venezuela con diversa
ordenación de franjas y con el escudo
patriarcal del San José:

. . . El pabellón sagrado de mi Patria
 ha retoñado con temblor de flores
 y sobre la bandera del Colegio
 ha posado. . . en un beso. . . sus colores. . .

Y hay una comprensión anchurosa co-
mo la historia en el "Canto a la Juven-

tud".

. . . Yo canto a la juventud que se yergue en la colina
 del Monte Sacro de Roma cuando ya la luz declina:
 ¡la juventud de Bolívar lanzando el viril acento
 de su férreo juramento!
 Canto la juventud de cien cruzadas
 que por la Historia va dejando resplandores. . .
 Canto. . . ¡la juventud de España y sus mesnadas
 que ayer vibraron con el ansia fuerte
 del cuerpo a cuerpo con la misma muerte!

¡Yo canto esa joven raza viril,
 sangre de nuestra sangre,
 lengua de nuestra lengua,
 Cielo de nuestro Cielo!

¡Canto a la juventud de España que trituro al Comunismo!
 ¡Allá va por los campos! Ese gesto es el mismo
 de nuestros libertadores en suelo americano:
 ¡es el mismo!, ¡es el mismo!. . . ¡porque es el gesto hispano
 que los conquistadores nos dieron con su sangre!
 ¡España!, ¡España!, ¡¡Por cantarte subo
 a la cresta más alta de mis Andes!!

En su "canto a la juventud unida de ideal venezolano:
 la genuina Venezuela" levanta así su

. . . Llevamos nuestra Patria en la mirada
 y la mirada puesta en el confín:
 ¡Hay que subirte, Patria, hasta las nubes!
 ¡¡Y que te vean como un sol. . . a tí!! . . .

A combatir por esa Venezuela y por caer sacrificada por una perdonable es-
 todo el mundo arenga en "Lábaro" a su quizofrenia del Siglo XVIII.
 Compañía de Jesús, viviente después de

. . . ¡Corre a luchar; el huracán te invita:
 no morirás de nuevo a los puñales!
 ¡No morirás; el Cristo resucita
 Y no vuelve a las losas sepulcrales! . . .

Para él, que "descaba escribir de voca- alturas, los paladines jesuitas con su "Le-
 ciones venezolanas a la Compañía" y al gionarios del Alba" americana:
 morir prometió patrocinarles desde las

. . . Venid los que entregásteis vuestras vidas
 cuando estaban henchidas
 de la hirviente explosión de la existencia
 que ofrendasteis vertida
 en un ebúrneo cáliz de inocencia. . .
 Ellos, juventudes intactas y no franqueadas
 (en cuyas venas se quedó un hogar)
 por los cuatro ángulos de mi América salvaje
 "padre del alma y del cielo"
 por el indio de mis tierras
 se escucharon llamar. . .

"Son obsequios recogidos en mayo, pe- de Mayo". En cumplimiento de tan su-
 ro que serán ofrendados a la Virgen en perior voluntad, se cierra esta fragmenta-
 mi lecho de muerte"; así encabezaba el ría antología de sus versos con los úl-
 P. Humberto Crescente las estrofas an- timos del citado Cuaderno, 1942, que en-
 nuas de sus "Cuadernos de Obsequios vuelven ecos de augurio:

Cada mayo mi amor deja
 —como solícita abeja—
 para tu amor virginal,
 gotas de una miel sabrosa
 que un día al fin. . . ¡en mi fosa!
 serán para Tí ¡panal!

VALERIANO ORDOÑEZ. S. J.